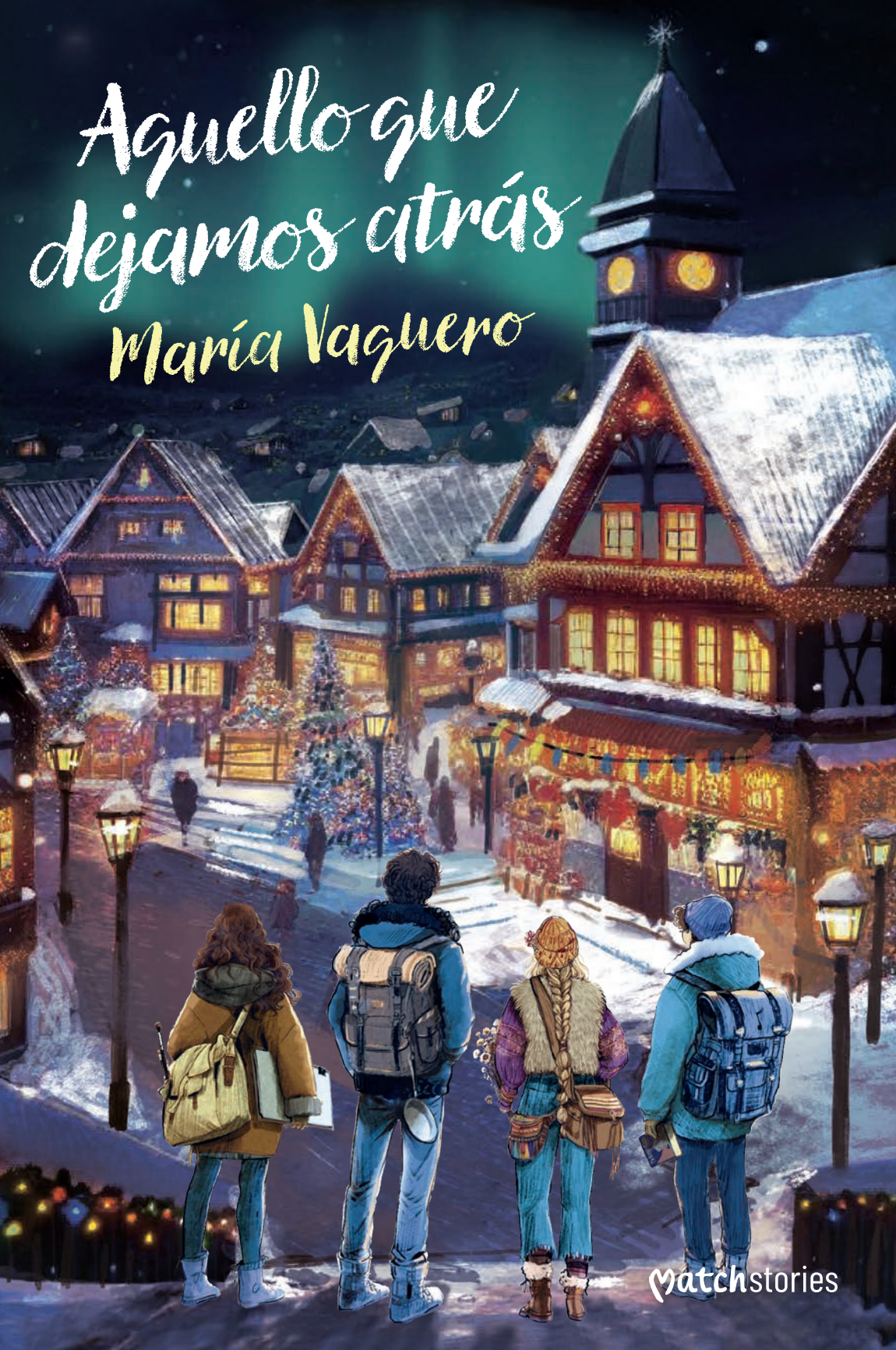


Aquello que dejamos atrás

María Vaghero



Aquello que dejamos atrás

María Vaquero

atchstories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© María Vaquero, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

© Mapa: Vanessa Estefa

Primera edición: noviembre de 2024

ISBN: 978-84-08-29437-5

Depósito legal: B. 15.822-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Una Navidad sin árbol no es Navidad



Greta

Cuando aterrizo en el aeropuerto de Keflavík, el olor marino que caracteriza el país se mete por mi nariz sin permiso. Después de tanto tiempo fuera de casa, conociendo nuevos aromas, un golpe de nostalgia me golpea el rostro y no me da tiempo a esquivarlo. Literalmente.

Pocas personas no se percatan de que el agua corriente de Islandia se calienta con energía geotérmica. Es difícil no enterarse, porque esto hace que las casas adquieran un olor horrible con el mero hecho de abrir un grifo, un aroma a huevos podridos inconfundible. Y aunque no esté en un ambiente cerrado ahora mismo, mis fosas nasales parecen abrirse preparándose para lo que voy a encontrar al llegar a casa.

Cuando naces aquí te acabas acostumbrando, pero mi mente ha estado tan desarraigada todo este tiempo que necesita reaprender algunas cosas.

Colores.

Sabores.

Rutinas que tenía olvidadas.

No me sorprende ver a Kristin, con su cinta morada en el pelo y esos ojos verdes enormes, esperándome en la salida con una sonrisa. Se ha hecho unas rastas en la parte baja de la nuca, adornadas por arandelas metálicas y de colores. Su cabello rubio está aún más largo y ya le llega por la cintura. Un abrigo beige la envuelve hasta los pies, que lleva cubiertos con unas botas de pelo que solo ella podría calzar con tanto estilo.

Es probable que mis padres estén liados en el restaurante, porque en la época de Navidad hay demasiado que preparar, a todas horas. Mi hermana no está aquí por otros motivos: entre ellos, el hecho de que ni siquiera creo que le importe mi vuelta. Kristin, en cambio, es una extensión de mí misma. Un brazo, una pierna, no sé, algo con lo que no podría hacer vida normal en su ausencia.

Es cierto que últimamente no hemos hablado lo suficiente. Ella ha estado ausente la mayor parte del tiempo y no terminaba de reconocerla en cada una de sus palabras. Yo me he dedicado a beberme la vida a tragos largos, de aquí para allá y con personas nuevas en cada destino, por lo que digamos que estábamos en puntos muy diferentes del camino, pero sin dejar de conservar aquello que aún nos une.

—¡Greta! —Kristin corre hacia mí y nos fundimos en un abrazo que necesitábamos desde hacía meses.

—¿Qué te has hecho en el pelo? —Le cojo la cara con las dos manos y vuelvo a agarrarme a su cuello. Me fijo entonces en las ojeras que le rodean los ojos y en que su piel está más pálida de lo normal, pero enseguida lo achaco al sueño—. Estás preciosa.

—Tú estás... —Me separa de sí y sus ojos llorosos me examinan con detenimiento—. Estás más adulta, ¿no?

—Sigo teniendo veinte años. —Pongo los ojos en blanco.

—Ya, pero cuando te fuiste daba la sensación de que la vida te aterraba —confiesa pensativa—. Ahora no veo ese miedo en tus ojos.

Mi mejor amiga es intensa desde el instante en que nació. Uno de sus pasatiempos favoritos es intentar ver a través de la gente. «Leer almas», como dice ella. Es la persona más mística y soñadora que conozco y, si pudiera, viviría en cualquier leyenda vikinga perteneciente a siglos atrás.

—Venga, anda —le pido, poniendo mi mano sobre su hombro—. Tengo ganas de volver a casa.

El camino de regreso lo hacemos en su coche y en silencio. Con Kristin, la ausencia de ruido nunca fue un problema, sino todo lo contrario: algo cómodo y duradero en lo que mecerse. Las montañas nevadas comienzan a arroparme desde el otro lado del cristal y, de pronto, no hay duda de que pertenezco a este pedazo de isla.

Con la radio sonando y *Sign of the Times* de Harry Styles inundando nuestros oídos, empiezo a notar los pies en la Tierra.

Llevo dos años buscándome a mí misma en tantos rincones que es difícil saber hasta qué estaba buscando. Aquí, en cambio, mi pecho respira con un poco más de calma, como si tuviera barra libre de oxígeno las veinticuatro horas.

—Bueno, ¿qué? —Mi amiga irrumpe en mis pensamientos—. ¿Me vas a contar cómo ha sido buscarte la vida durante dos años? ¿Algo que deba saber? —Levanta las cejas divertida e, inmediatamente, sé de lo que está hablando.

—No puedo contarte dos años de mi vida en un espacio tan pequeño y en un trayecto de cuarenta minutos —me quejo—. Además, contigo he hablado más que con mi familia. Te he escrito absolutamente desde todos los países que he visitado. Hasta hemos hecho videollamadas infinitas...

—¿Una postal cutre y algún mensaje impersonal? Venga ya, yo necesito algo más.

—Pues tendrá que esperar. —Mis labios se curvan hacia un lado, aguardando su reacción.

—No te voy a negar que eres buena creando *hype*. —Me mira de reojo—. Ahora mi cabeza está imaginando tantos amoríos que, si no me los cuentas pronto, tendré que secuestrarte.

Las dos nos echamos a reír y el coche se ve inundado por nuestra intensidad. Es increíble cómo con Kristin nunca se pierde la conexión. Podríamos vivir eternamente a miles de kilómetros la una de la otra y seguiríamos contándonos los pensamientos más ocultos sin ningún tipo de vergüenza. Ni miedo a ser juzgadas. Ni duda.

—Ey —oigo que Kristin me susurra al lado, metiéndose en mi cabeza—. Te hemos echado mucho de menos.

Sonrí y vuelvo a perderme en el paisaje, blanco, inmenso y con olor a Navidad. Estoy deseando llegar a casa y ver cómo lo han decorado todo en mi ausencia. Reikiavik acostumbra a vestirse con luces de colores desde la última semana de noviembre y, la verdad, he echado de menos ese espíritu navideño que parece que solo atesoramos los islandeses.

Entramos en la ciudad y, como había recreado mi mente, la es-

tampa parece sacada de un cuento de Dickens. Las calles están llenas de vida, con gente caminando, sonriendo y comprando en el mercado. Ya está anocheciendo y las luces que había imaginado en mi cabeza brillan mucho más intensas a unos metros de distancia.

Seguimos subiendo la carretera y, por fin, llegamos a mi casa. La fachada de color verde menta me hace sonreír porque desde pequeña lo he considerado mi color favorito; no el verde claro, ni el aguamarina: el menta. En la capital casi todas las casas son de colores, ninguna igual que la anterior, no sé si por tradición o por capricho. Desde el cielo debe de parecer un cuadro recién pintado; con el olor a acrílico aún en el aire. Entonces empiezo a pensar que mi ciudad podría ser el sueño de cualquier pintor colorista, pero en realidad es mucho mejor que eso. Es real y puede recorrerse de arriba abajo sin el riesgo de quedar atrapados en un lienzo.

Al bajar del coche, me extraña ver todas las luces de casa apagadas y, nerviosa por dentro, imagino que todos están escondidos para darme una sorpresa en cuanto entre. Miro a Kristin por si puedo adivinar algo en su mirada.

—¿No están las luces encendidas? —pregunto al aire.

—Te ayudo con las maletas. —Parece que su mente está muy lejos de aquí cuando se ofrece a cogerlas.

—Vale, gracias.

Cargamos los macutos y nos dirigimos a la puerta. Se me hace raro buscar el manojito de llaves con el que antes estaba familiarizada. El sonido de estas en la cerradura me encoge el estómago y, al abrir la puerta, cierro los ojos por inercia.

No pasa nada. El silencio sigue instalado entre nosotras, por lo que doy la luz y mi pecho se vacía a la velocidad de un rayo.

Nadie está esperándome. No hay árbol de Navidad junto a la chimenea. Ni una fuente de galletas de jengibre ocupando el centro de la mesa. No me puedo creer que nadie haya reparado en esto a solo dos días de encender la primera vela, por lo que asumo al instante que cabe la posibilidad de que la Navidad, tal y como la conocía, se fuera conmigo hace dos años.

Pensando en escapar



Kristin

Miro el plato de pasta intentando encontrar un mundo perdido dentro. Mientras jugueteo con el tenedor y lo baño en tomate, oigo de fondo que mis padres hablan sobre el último retiro que han realizado en la finca.

Si no fuera porque los conozco demasiado, estaría pensando en la buena energía que desprenden y en la paz mental que parecen tener dentro. Los envidiaría, incluso. Aunque ser su hija durante veinte años me ha hecho comprender que demasiada positividad te hace vivir en una realidad paralela. He visto cómo, en multitud de ocasiones, mis padres han caminado de puntillas por las mismas calles que yo, ignorando los miedos y los anhelos que podría tener una niña que no sabe nada de la vida.

He comprobado que, con mucho esfuerzo y poca moral, se puede sonreír durante todo el día y prometer amor eterno a tu pareja mientras te enrollas con uno de tus pacientes de yoga en cuanto la casa se queda vacía. Lo sé porque una vez volví antes de clase y oí cómo mi madre y ese señor canoso, de pantalones bombachos y barba frondosa, gemían uno encima del otro. Creo que mi padre también es consciente, pero su filosofía espiritual y buenrollera no tiene límites. Ni siquiera cuando la mentira se cuela entre las rendijas de sus chakras.

Aún no estoy segura de si quiero que ellos sigan ajenos a lo que enmaraña mi mente o que, por una vez, reparen en mis problemas. Quizá me gustaría que mi madre me diera un beso de buenas no-

ches y notase, con solo el tacto de su dedo en mi frente, que algo no anda bien. Desearía no ser para ellos una paciente más, en busca de su carta astral y de un camino de felicidad plena que sé que nunca podría ser eterno.

Pienso en Greta y no puedo evitar preocuparme por si ayer fue capaz de notar mi tristeza desde fuera. Me moría de ganas de verla después de tanto tiempo, pero mi sonrisa tendió a encogerse como lo ha hecho estos últimos meses.

Me siento tan culpable por haber interpretado un papel con la que siempre ha sido mi lugar seguro que, cuando llegué a casa, lloré todas las lágrimas que había contenido minutos antes.

Me da miedo. Me acojona decir en voz alta lo que a veces me susurro a mí misma bajito, por si, al hacerlo, se hace más grande. O irreversible. También me da vergüenza pensar que me he roto por el camino y que todo lo que fui hace años se ha ido evaporando a mi paso.

Todo es una agotadora contradicción porque, a la vez, quería gritar dentro de aquel coche, con mi amiga justo al lado perdiéndose en el paisaje, que necesito ayuda. Y que me siento sola. Pero no siempre es fácil hablar de sentimientos cuando estos parecen vivir dentro de un vinilo estropeado, repitiendo una y otra vez la misma estrofa sin que nadie pueda hacerlos avanzar.

Es duro no reconocerse y no encontrar las fuerzas para enfren-tarse a ello. Puedo aparentar delante de unos padres ausentes, incluso de unos compañeros de clase que suelen vivir entre apuntes y cervezas, pero no delante de Greta. De hecho, no sé cuánto tiempo más podré ocultarle lo que me oprime el pecho, ni tampoco tengo ni idea de por qué me cuesta tanto admitirlo.

—Kristin, cariño, sonríe —me dice mi madre, sin dejar de recoger la mesa—. Cualquiera diría que estás en un entierro.

Fuerzo una mueca en mis labios mientras mi pecho se oscurece por dentro. ¿Por qué nunca me preguntan cómo estoy pero sí me exigen cómo debo estar? Me levanto de la mesa con el plato medio lleno, lo dejo en la encimera y subo a mi habitación. El único rincón de esta casa en el que todavía puedo ser yo misma.

Cuando miro el móvil, veo que Gustav me ha escrito un mensaje tan escueto y breve como sus besos. Estoy a punto de no abrirlo,

bloquear el móvil y distraerme con cualquier libro de la estantería. Pero Gustav siempre consigue toda mi atención sin que pueda hacer nada para remediarlo.

¿Nos vemos hoy?

Suelto una risa cansada al saber que solo hay una respuesta posible a esa pregunta. Lleva meses siendo así, y si Greta se enterase de que he vuelto a quedar con él, no solo no lo aprobaría, sino que iría a buscarlo y le gritaría todo lo que yo nunca me atreví.

Contesto con un simple «Sí» y me pongo a leer un libro sobre plantas que encontré en el taller de mis padres hace unos meses. Si pudiera, viviría dentro de sus páginas gruesas de color tierra, enredada entre letras y arropada por magnolias y flores silvestres.

Por el contrario, acurrucarme en la cama me despierta ese cansancio que me acompaña prácticamente a diario. No duro ni dos páginas y, sin darme cuenta, me quedo dormida abrazada al libro y pensando en escapar.

Algunas cosas se esfuman como los recuerdos



Greta

Desde que era pequeña, alrededor de los cinco años, he vivido en la típica casa de madera con alfombras gigantes, muchas estanterías repletas de libros y una cocina enorme en la que todo el tiempo se estaba cocinando algo. Un hogar que nunca ha tenido nada que envidiarle al set de cualquier película invernal y ñoña que repiten año tras año en televisión durante estas fechas.

Por eso me resulta tan extraño observar con atención a mi alrededor y no reconocer el lugar en el que me crie. Mirar en cualquier dirección y no identificar como mío nada de lo que me rodea.

Le he dicho a Kristin que se fuera porque, además de que quería estar sola al descubrir que nadie me esperaba en casa, la he notado cansada. En este tiempo que he estado fuera el pelo le ha crecido muchísimo, al contrario que los pómulos, que casi se han convertido en hueso revestido.

Mientras entro en mi añorado cuarto, anoto mentalmente hablar con ella en los próximos días por si hay algo que la haga estar mal. Creo que lo que más me ha preocupado es no encontrar en ella esa luz que solía desprender. Igual son imaginaciones mías, o quizá sea el tiempo, que idealiza y magnifica todo aquello que añoramos.

Dejo la mente en blanco mientras espero a mis padres, deshaciendo la maleta y poniéndome cómoda. O eso pretendía antes de que mi cuerpo decidiera pasar de desempaquetar la ropa a tirarse sobre la cama y quedarse ahí, reencontrándose con el colchón de

siempre y el olor a lavanda que desprenden las sábanas. Tan cómodo y pasivo que roza lo inerte.

Mi habitación sigue exactamente igual que como la dejé: el caballete de la esquina permanece con un óleo a medio terminar, los personajes de mis películas favoritas siguen recortados sobre la puerta del armario (protagonizando la escena que siempre quise), hay vinilos sobre la mesa del escritorio... Todo ese desorden —que para mí no puede estar más ordenado— me recuerda cuánto necesitaba volver a estar aquí. He sido feliz casi todo el tiempo que he estado fuera, pero siempre sentía que una parte mínima de mí, aunque solo fuera un milímetro de piel, se agarraba a este lugar con fuerza.

Justo estoy hundiendo la cabeza un poco más en la almohada cuando oigo que se cierra la puerta de la entrada, en la planta de abajo. «Están aquí», pienso con una sonrisa. Salgo corriendo por el pasillo, con los calcetines de lana resbalando por el parquet, y bajo la escalera deseando reencontrarme con ellos.

—¡Greta, cariño! —exclama mi madre al verme.

Me engancho a ella y respiro en su cuello, como tantas veces hice cuando era pequeña y no podía dormir. Mi padre, justo al lado, se une al abrazo soltando una carcajada sonora.

—¿Llevas mucho por aquí?

—Un rato —contesto, sin dejar de mirarlos—. Me ha traído Kristin hace una hora.

Me fijo en sus rostros, más envejecidos y cansados de lo que recordaba. En mi cabeza surge la duda de cuánto puede revolver la ausencia y, acto seguido, me entra un miedo horrible. Un miedo mezclado con culpa, por haber estado tanto tiempo fuera mientras dejaba de coleccionar ratitos con ellos.

—Mírate —suelta mi padre, cogiendo mi rostro entre las manos—. Si parece que hayas crecido de golpe.

—Qué exagerado. —Me río.

—De verdad —me asegura—. Te miro a la cara y veo a alguien que sabe lo que quiere.

Sonrío y bajo la mirada al darme cuenta de lo equivocado que está mi padre. Se suponía que iba a marcharme para encontrarme a mí misma, algo bastante pretencioso y caro (todo hay que decirlo), por no hablar de que ni siquiera sabía lo que significaba aquello.

A lo largo de nuestra vida nos hablan de metas, de objetivos que cumplir y de satisfacción como si fueran cosas susceptibles de ser compradas en cualquier mercadillo. Supongo que he visto demasiadas películas en las que una consecución de planos exóticos cambia a alguien, pero yo siento que vuelvo siendo la misma. Con muchísimas experiencias cargadas en una mochila invisible, pero igual de perdida respecto a lo que quiero en la vida.

—Bueno... No te creas.

—No hemos hablado mucho de esto por teléfono —dice mi madre—, pero sabrás lo que quieres hacer este año, ¿no?

—Pues... —De pronto, el espacio empieza a hacerse pequeño. Toda la calma que traía comienza a palpar más rápido y siento que, diga lo que diga, voy a decepcionarlos.

—Quiero decir, algo tienes que hacer.

—Ya lo sé, mamá.

El ambiente ha dejado de ser adorable para convertirse en familiar. Con sus rencillas y obligaciones.

—No te preocupes, Selma —la tranquiliza mi padre—. Yo ya había pensado que, hasta que encuentre algo, puede trabajar en el restaurante.

—¿Qué? —Mi voz se torna lúgubre. Por nada del mundo quiero trabajar allí, rodeada de ruido y prisas, viendo todos los días a mi hermana, a...

—Cariño, necesitamos ayuda en la temporada de Navidad. No hay más que hablar.

—Pero...

—Llevas dos años gastándote los ahorros en visitar el mundo. Ni tu madre ni yo hemos tenido esa suerte en la vida. Pero ahora toca volver y convertirse en una adulta. —Termina la frase con una sonrisa, tapando la seriedad que implican sus palabras.

Me quedo en silencio, sin dejar de observar cómo preparan la cena a la velocidad de la luz. Reconozco que soy una persona privilegiada a la que han dejado tomarse dos años sabáticos para jugar a ser aventurera. Lo sé. Pero ¿y si aún no estoy preparada para convertirme en adulta de esa manera? ¿Y si no lo estoy nunca?

Pensaba volver y pasar las Navidades que habría vivido mi yo de quince años, aunque estoy comprendiendo por momentos que eso

de ser libre se terminó de desinflar cuando aterricé en el aeropuerto. Ni siquiera me han dado la oportunidad de explicarles que pensaba buscar mi vocación en enero, cuando esta festividad que nos permite seguir siendo niños hubiera pasado. Ahora comprendo que la que se ha quedado atrás soy yo; yo, mi adolescencia y mi tiempo de descuento.

Trabajar en el restaurante... Cada vez que lo pienso, parece que una pesadilla se haya materializado en la estancia y venga a por mí a toda velocidad.

Suspiro y me dejo caer en uno de los taburetes de la cocina, sin dejar de seguir sus movimientos al otro lado de la mesa de mármol. De pronto, hay algo que me preocupa más que mi nuevo trabajo. Incluso me preocupa más que estar totalmente perdida. Me doy cuenta de que mis padres están cocinando a más de un metro de distancia. Nunca los he visto tan lejos el uno del otro. Pienso en que no se han dedicado una caricia ni una palabra bonita desde que han llegado y, al mirar sus ojos, percibo que están algo más vacíos que cuando me fui.

Quizá sean imaginaciones mías, otra vez, pero se me ha formado un nudo en la garganta. No hay decoración en las paredes, ni luces de colores, ni ese amor que siempre han destilado en cualquier rincón de la casa. Y comienzo a preguntarme si todo lo que echo en falta aún existe o solo forma parte de mis recuerdos.